RAZÓN Y SIN RAZÓN DE LA ENSEÑANZA DE LA TRADUCCIÓN

KURT SÜSS

Institut für Fremdsprachen und Auslandskunde
Universidad de Erlangen-Núremberg

0. INTRODUCCIÓN

A pesar del título un tanto rimbombante de esta ponencia me limitaré a comentar algunos aspectos concretos y pragmáticos de la enseñanza de la traducción.

Vivo y trabajo en Erlangen, una ciudad que supongo que algunos de ustedes ni siquiera sabrán exactamente dónde se encuentra. Pues bien, Erlangen está a unos 15 km. de Núremberg, y por si ustedes no saben gran cosa sobre Núremberg, les he copiado un fragmento de una pequeña guía turística:

> Nuremberg hoy: Es una gran ciudad con más de medio millón de habitantes, después de Munich la segunda ciudad más grande de Baviera, con anexión a autopistas y al aeropuerto, al canal y al metro, con recinto de exposiciones y renombradas empresas industriales, un animado centro comercial y sede del Centro Público Federal de Trabajo, con modernas avenidas de circunvalación y zonas peatonales continuamente llenas de movimiento. Si uno piensa en la metrópolis de Franconia, piensa al mismo tiempo en pan de especias y salchichas asadas, en juguetes, en el *Nürnberger Ei* («Huevo de Nuremberg», el primer reloj de bolsillo) y en el *Trichter* («Embudo»), en el *Christkindlesmarkt* («Mercado del Niño Jesús») y en el club de fútbol. Pero si el visitante levanta la mirada, se encuentra por todas partes, en la ciudad antigua, con testigos innumerables de un pasado de 900 años: respetables casas patricias y edificios públicos, artísticas fachadas de iglesias y monumentos de hijos famosos de la ciudad, puentes y pozos, murallas de fortificación con gruesas torres famosas y, coronando todo esto, la fortaleza... Aproximadamente en el año 1000, el emperador deja construir una torre en el risco de la fortaleza.[1]

Supongo que el lector hispanohablante de este texto quedará algo perplejo ante una ciudad que está anexionada a una autopista y al metro, en la que viven testigos de unos 900 años —¡puedo asegurarles que los franconianos no somos tan longevos!— ciudad en la que es famoso un embudo. Al ver esto del embudo pensará el lector que nosotros, los franconianos, somos gente bastante estrafalaria que a lo mejor comemos con embudo...

---

[1] U. Strauch y W. Sauer: *Nürnberg, Dielheim*, trad. (español e italiano) Elke Ramisch, Heidelberg, König, 1991², 5.

Centro Virtual Cervantes

El texto es una traducción inversa hecha por una traductora alemana de cuyo nombre, como diría Cervantes, no quiero acordarme. La guía en la que aparece el texto contiene además una versión italiana, hecha al parecer por la misma persona.

Estarán de acuerdo conmigo en que el texto no es precisamente una obra maestra.

Todos los traductores conocen o coleccionan ejemplos similares o peores y se deleitan con las meteduras de pata de los compañeros de oficio.

¿Por qué citamos entonces este texto? Lo que nos interesa no es burlarnos de una persona que a lo mejor sudó la gota gorda vertiendo este texto para ganarse su pan de cada día. Más bien vamos a tomar este ejemplo como punto de partida para hacer algunas reflexiones acerca de la enseñanza de la traducción y para preguntarnos: ¿cómo puede contribuir la enseñanza a que se lean menos traducciones de este tipo. Aunque, curiosa y paradójicamente, una mala traducción también puede tener sus ventajas como nos lo confirma el escritor francés Alain Robbe-Grillet en una entrevista. Al enterarse él de la mala calidad de la traducción al inglés de una obra suya, se quejó ante su editor. Este le replicó que no se quejara ya que esta mala traducción se vendía muy bien mientras la versión original en francés casi no la leía nadie porque no había quien la entendiera.

1. DE CALCOS Y FALSOS AMIGOS O TODA PRECAUCIÓN ES POCA

Hace algunas semanas un amigo español presentó ante un grupo de profesores de instituto alemanes un manual de introducción al castellano que hemos escrito los dos junto con otro compañero. En plan de *captatio benevolentiae* les explicó que los tres autores éramos conscientes de que nosotros no somos los únicos inteligentes en este mundo y les dijo textualmente: «No voy a decir que nosotros hayamos inventado la pólvora». A mí, esta expresión me olía un poco a chamusquina. Luego me di cuenta del porqué. En alemán tenemos la expresión paralela: *der hat das Schießpulver auch nicht erfunden.* Ahora bien, en alemán no la emplearíamos en este contexto porque significa que alguien es de pocas luces.

Pero volvamos a nuestra guía de Núremberg. El texto contiene una serie de expresiones, gramaticalmente más o menos aceptables, pero que probablemente pocos hispanohablantes formularían de la misma manera. Nos referimos, por ejemplo, a los sintagmas «aproximadamente en el año 1000»; «si uno piensa en la metrópolis de Franconia»; «de un pasado de 900 años». Estas expresiones podemos leerlas, por así decirlo, a la alemana a modo de una versión interlinear: *ungefähr im Jahre 1000*; *wenn man an Frankens Metropole denkt*; *einer neunhundertjährigen Vergangenheit.*

Son los típicos calcos de la traducción inversa —y pocas traducciones directas consiguen evitarlos por completo.

¿Qué puede hacer la enseñanza ante tal situación? Podríamos cortar por lo sano decretando que —salvo en los escasísismos casos de auténtico bilingüismo, suponiendo que éste exista— el traductor debe rehuir la traducción inversa, y por tanto, no deberíamos enseñarla, es decir, habría que desterrar la enseñanza de la traducción inversa de nuestros planes de estudios. Pero la realidad es que, según una encuesta hecha en 1989 por profesores de la Universidad de Maguncia-Ger-

Centro Virtual Cervantes

mersheim entre más de 600 traductores, resulta que en la práctica diaria se hacen casi tantas traducciones inversas como directas —incluso de un idioma extranjero a otro.

Entonces, ¿qué hacer? Porque claro, conviene no olvidar tampoco al otro agente del mercado, el cliente, el que pide la traducción. Mientras el público en general y bastantes responsables dentro de las empresas piensen que cualquiera que sepa chapurrear un idioma también debe ser capaz de traducir, mientras prevalezca la idea de que traducir consiste en coger un diccionario y sustituir cada palabra del texto de partida por otra palabra del idioma meta, se harán chapuzas como el texto sobre Núremberg. Y mientras los propios traductores no sean conscientes de que una traducción inversa lo mínimo que necesita es una rigurosa revisión posterior por parte de expertos, tanto del idioma como de la materia, muchos compañeros de oficio se moverán por el idioma extranjero como un elefante en una cacharrería.

Quien quiera evitar calcos necesita tener un dominio del idioma meta a prueba de bomba, un dominio que muy pocos tienen en su idioma materno. Y menos en el idioma extranjero. Una seguridad idiomática equiparable a la del primer idioma o idioma materno a lo sumo se da en los pocos casos de auténtico bilingüismo. Pero precisamente las discusiones e investigaciones acerca del problema del bilingüismo —p. ej., en regiones como Cataluña o Galicia— indican que éste tampoco es la panacea. Al hablante bilingüe le acecha igualmente el peligro de las interferencias.

Y vuelvo a preguntarme: ¿Qué se puede hacer ante la trampa de los calcos?

El único método parece ser, hoy por hoy, el de aguzar la vista y afinar el oído para conocer los casos más corrientes en los que los usos de un idioma difieren de los de otro. Lo que hace falta es una gramática o estilística contrastiva que nos diga, p. ej., y hablando de mi propio idioma, en qué casos el uso del artículo determinado en castellano difiere del alemán, en qué casos la estructura del substantivo compuesto tan frecuente en alemán corresponde en castellano a una combinación de substantivo y adjetivo (*Wirtschaftswachstum*: «crecimiento económico») o dónde el castellano es mucho más preciso que el alemán en la indicación de las relaciones entre dos sustantivos: *Kabelfernsehen*: «televisión por cable», *Matthäuspassion*: «Pasión según San Mateo», *Klavierkonzert*: «concierto para piano», por citar sólo unos pocos ejemplos.

Pensemos también en estructuras tan características para uno u otro idioma como son la pasiva refleja en castellano o la voz pasiva en alemán, las perífrasis verbales que muchas veces corresponden a una expresión adverbial alemana, o las variopintas estructuras que usa el castellano para expresar lo que el alemán expresa con los verbos modales. Y un largo etcétera.

Ahora bien, que yo sepa, los estudios contrastivos español-alemán casi brillan por su ausencia. Existe algún que otro estudio sobre de determinados problemas contrastivos, existe también una monumental gramática contrastiva bastante indigerible, pero lo que falta, hasta ahora, es una compilación, hecha con fines didácticos, de los casos más frecuentes de diferencias sintácticas, y faltan también libros de ejercicios al respecto.

Naturalmente nos movemos aquí en un campo poco sugerente. Eliminar interferencias y calcos es un trabajo de benedictinos —o de chinos, si no es discriminatoria la expresión. Porque este trabajo o bien se hace sistemáticamente o de poco sirve. Y esto significa que habría que dedicarle bastante tiempo. Y aparte de que este campo

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Kurt SÚSS. Razón y sinrazón de la enseñanza de la traducción

Centro Virtual Cervantes

raras veces está incluido en los currículos, no resulta atractivo ni para profesores ni para alumnos.

Un método para evitar calcos algo molestos es la lectura atenta de textos auténticos del mismo tema o del mismo tipo. Si nuestra traductora lo hubiera hecho con alguna atención, no se le habría ocurrido hablar de la iglesia de la Virgen, expresión que, pronunciada con cierta entonación enfática, incluso suena a taco. Tampoco hubiera llamado Carlos el Grande a un emperador muy conocido tanto aquende como allende los Pirineos. No sé si un hispanohablante lo identificará como Carlomagno.

2. LAS TRAMPAS DEL DICCIONARIO

Según el texto, los turistas admiran en Núremberg los pozos. Aparte de que en Núremberg ya tenemos agua corriente y, por consiguiente, ya no existen muchos pozos, ni siquiera pozos negros, aunque a esos no se referirá la autora. Lo que sí hay son unas fuentes muy conocidas como la llamada *Schöner Brunnen* o «Fuente bella» en la plaza del Mercado, fuente que, por cierto, nuestra traductora también la llama «Hermoso Pozo». Podemos suponer que la compañera de oficio ha caído en una de las trampas más frecuentes que acechan al pobre discípulo de San Jerónimo: la trampa del diccionario, la incongruencia de las acepciones de las palabras de dos idiomas diferentes. Así, el alemán *Brunnen* corresponde tanto al «pozo» como a la «fuente» y a veces al manantial. A su vez, la palabra fuente tiene toda una serie de equivalencias alemanas según el significado: *Brunnen, Schüssel, Quelle*, etc.

¿Qué hace el traductor a la hora de hacer una traducción inversa cuando desconoce una palabra? Pues consulta el diccionario. ¿Y qué encuentra? Veamos la entrada en el diccionario *Langenscheidt*, uno de los diccionarios bilingües más difundidos en mi país. Allí, la entrada se nos presenta de la siguiente forma:

> *Brunnen*, m., pozo m.; (Quelle) manantial m; (Spring-, Trink-) fuente...

Sospechamos que nuestra traductora ha hecho lo que muchos de nuestros alumnos suelen hacer: sin ningún tipo de vacilaciones cogen la primera de las equivalencias del diccionario, y a correr. Se puede entonces decir que el diccionario también tiene parte de culpa, porque pone en primer lugar una equivalencia que muy probablemente hoy en día y en nuestras latitudes no es la más frecuente.

Al principio del texto leemos una expresión algo críptica que aún salta más a la vista y que también parece tener su origen en un error de consulta del diccionario. Leemos que Núremberg es una ciudad con anexión a autopistas y al aeropuerto. Sometí esta frase a unos estudiantes míos de un curso de principiantes preguntándoles a qué expresión alemana correspondía, en su opinión y casi unánimemente me dijeron *Anschluß*. *Anschluß*, entre otras cosas, significa «anexión», pero tiene una serie de otras acepciones mucho más corrientes como «enlace», «comunicación», «empalme», «conexión», «toma», etc. Una vez más nuestra traductora habrá escogido o bien la primera equivalencia que le presentaba el diccionario, o simplemente ha seguido el principio aleatorio.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Kurt SÚSS. Razón y sinrazón de la enseñanza de la traducción

Centro Virtual Cervantes

¿Qué solemos hacer los profesores ante el sempiterno problema de la consulta del diccionario? En muchos casos la corrección en clase de las traducciones preparadas por los alumnos funciona más o menos según el siguiente patrón:

> Eso no está bien dicho. Hay que decir...

Pocos profesores analizan el porqué del error. Y si el alumno empieza a razonar diciendo que ha encontrado tal o cual solución en el diccionario, el profesor o bien se ríe para sus adentros de la ingenuidad o la necedad, y le contesta cosas como «pues has mirado mal», «no sabes consultar el diccionario», «no hay diccionario que valga», etc. o simplemente se encoge de hombros.

Lo que conviene es enseñarle al alumno cómo debe consultar el diccionario, lo cual significa también y, ante todo, conocer los diferentes tipos de diccionarios y manuales que cada uno de nosotros, tanto alumnos como profesores usamos. En muchos casos disimulamos como si nos avergonzáramos de emplear una herramienta de trabajo tan imprescindible a pesar de sus defectos. ¿Por qué no se aprovecha la ocasión de un error de léxico para enseñarle al alumno cómo debería haber procedido para no caer en esa trampa, es decir, cómo debería haberse planteado la consulta del diccionario y dar con la solución adecuada? Puedo asegurar que, haciéndolo, también el profesor aprende muchas cosas sobre la estructura del idioma, sobre todo del léxico.

Yo vengo participando desde hace bastantes años como examinador en los exámenes estatales para traductores del Estado Federal de Baviera. En la parte oral de este examen hay que preguntarle al candidato sobre el «conocimiento de los manuales de consulta». Y mi experiencia es que casi todos los examinadores tendemos a olvidarnos de este aspecto, porque al parecer le damos poca importancia. Por otra parte, hay muchos alumnos que no saben la diferencia entre un diccionario y una enciclopedia, que no tienen ni la menor idea de para qué sirve un diccionario monolingüe, etc.

La consulta de todos estos manuales es para mí una de las destrezas más fundamentales e imprescindibles del traductor. Debe, por tanto, ser parte integral de la formación de traductores. Puede concebirse como una especie de propedéutica, pero las propedéuticas tienen la desventaja de que fomentan la mentalidad de quitarse de encima un peso y luego olvidarse para siempre de él, mientras que en realidad es una de las destrezas más necesarias. El alumno debe reconocer que sin el uso adecuado de los manuales, efectuar un trabajo profesional resulta imposible.

Por otra parte, también hay que comprender que los manuales nunca pueden solucionar todos los problemas. A mí, personalmente, a veces me ha ayudado más consultarlo con la almohada que consultarlo con el diccionario. Diríamos que lo cortés no quita lo valiente, o sea que la consulta del diccionario o manual no absuelve al traductor de activar sus propias neuronas.

3. QUE LO ENTIENDAN ELLOS O EL SABER SÍ OCUPA LUGAR

Según nuestra guía, en Núremberg existe una fortaleza. Una fortaleza se define, p. ej., en el diccionario *Planeta* como un «recinto fortificado, que se destina a recibir una guarnición y defender una determinada extensión del país».

Centro Virtual Cervantes

Y ésta, precisamente, no fue la función de este edificio, al menos no la primera ni la principal. Originariamente fue un palacio imperial que los emperadores medievales usaron para hacer escala en sus viajes, para fijar allí temporalmente su corte, para celebrar dietas, etc. Más tarde, el edificio sirvió de palacio-vivienda de los diferentes condes o burgraves de Núremberg. Se trata aquí de un problema algo parecido a la cuestión de las correspondencias léxicas, sólo que esta vez es de orden terminológico. Quien haya traducido una vez un texto sobre arquitectura medieval sabe que los términos castellanos «palacio», «castillo», «alcázar», no coinciden en su uso con los términos alemanes de *Burg, Palast, Schloß*, etc. Sin embargo, de entre todos ellos los términos «fortaleza» y *Festung* según todos los manuales son los que más se corresponden. Entonces, si en alemán el edificio se llama *Burg*, y no *Festung*, ¿por qué se traduce con «fortaleza»? Un misterio. Máxime si tenemos en cuenta que en el mismo texto se describen las funciones que el edificio ha tenido en diferentes épocas de la historia. De todas formas vemos que la traductora no debe de estar muy versada en el uso de la terminología arquitectónica y, evidentemente, tampoco se ha orientado en el uso corriente, pues podía haber hojeado alguna otra guía.

Respecto a la iglesia de San Lorenzo nuestra guía nos explica que «una de las obras más preciosas del arte de la escultura representa la historia ilustrada en el campo del arco del portal principal...» ¿Qué es eso del «campo del arco»? Mucho me temo que la propia traductora no supiera de qué se trataba. Una vez más ha incurrido en calco, nos ofrece una traducción al pie de la letra, esta vez del término alemán *Bogenfeld*. Así se llama también el «tímpano». Ahora bien, *Feld* aquí naturalmente no significa campo, sino «compartimiento», «panel», «entrepaño», así que la traducción además de inusual resulta ininteligible.

Este ejemplo, a su vez, nos remite al punto anterior: con sólo hojear una enciclopedia de bolsillo, nuestra traductora podía haber encontrado la entrada *Bogenfeld*, y con ella el término «tímpano».

Lo que tenemos aquí es evidentemente el caso de una persona que, sin tener ni idea de arte ni de arquitectura, traduce un texto en el que continuamente se habla de estas cosas. Es obvio que una traducción se sale por la tangente si el traductor no entiende lo que el texto de partida quiere decir.

Me pasa muchas veces en las clases de traducción que los alumnos me dan una solución que me suena a galimatías. Y cuando les pregunto qué significa lo que me leen, no pocas veces me contestan cosas como «¡Ah! Yo tampoco lo sé». Parece que creen que si ellos no lo entienden, otros van a ser más listos y ya lo entenderán.

En la mayoría de las instituciones de formación de traductores se parte del convencimiento que sin unos sólidos conocimientos acerca del tema no se puede traducir y se da mucha importancia al estudio de una o varias especialidades como derecho, técnica, economía, arte, etc. para que el estudiante se familiarice con la terminología correspondiente y, a la hora de traducir un texto especializado o sectorial, sepa de qué habla. Asignaturas de este tipo suelen hacer hincapié sobre todo en los aspectos sustanciales —como en si el mencionado edificio fortificado de Núremberg es o no es una fortaleza, cómo funciona la bolsa, qué es y cómo funciona una sociedad anónima, qué piezas forman parte de un torno o de un motor de explosión, etc.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Kurt SÚSS. Razón y sinrazón de la enseñanza de la traducción

Centro Virtual Cervantes

Todo eso tiene su sentido y no queremos ponerlo en entredicho. Pero no hay que olvidarse de un aspecto que tiene gran importancia en el trabajo diario: más que profundizar cada vez más en una determinada especialidad conviene que el futuro traductor aprenda a documentarse también en campos que antes desconocía y que sepa hacerlo con el mínimo gasto de tiempo, recurriendo a todos los medios de información, bases de datos, etc. Porque si trabaja por su cuenta puede tener encargos de muy diversa índole y no siempre van a ser temas en los que esté muy ducho.

Dentro de este contexto también cabe hablar de los conocimientos de cultura y civilización, instituciones políticas, económicas y sociales del otro país. Para mí no hay ninguna duda de que estos conocimientos son absolutamente imprescindibles, porque las referencias a dichas realidades pueden aparecer en cualquier momento. Quien, por ejemplo, llamara *Regierungspräsident* al Presidente del Gobierno español, lo degradaría a una especie de Gobernador Civil.

Ahí entra también una cuestión de ética profesional. Saber lo que uno sabe y, si es posible, no aceptar un trabajo que requiera conocimientos que uno no tiene. Sé que es mucho pedir y sé también que de ética no se puede vivir. Y además, el traductor empleado normalmente no puede negarse a hacer un trabajo que le encargan. Es la realidad de la profesión: poco esplendor y bastante miseria.

4. HABLAR BIEN SEGÚN CON QUIÉN O EL ARTE DE DEJÁRSELO EN EL TINTERO

¿Qué ideas asocia el público hispanohablante con la ciudad de Núremberg? Tal vez se piense en las llamadas «Leyes de Núremberg» o los «Procesos de Núremberg»; a los melómanos acaso se les ocurra el título de una famosa ópera de Ricardo Wagner, *Los maestros cantores de Núremberg*. Ningún extranjero pensará en un embudo. Sin embargo, en alguna parte de nuestro texto se nos presenta un embudo como objeto emblemático de Núremberg. A un alemán, en efecto, posiblemente, le vendrá a la mente una expresión en su idioma que habla del *Nürnberger Trichter*, el embudo de marras. El origen de esta expresión se remonta a un grupo de poetas nurembergueses del siglo XVIII que se imaginaban, en plan satírico, que el arte poético se le podría introducir a un futuro poeta directamente en la cabeza mediante un embudo como si de embutido se tratase. Además, tenemos en alemán el verbo *eintrichtern* que significa algo así como «meterle a alguien algo en la mollera». Luego, esta idea dio origen a la expresión mencionada. Es decir, que aquí no se trata, ni mucho menos, de un embudo concreto como parece sugerir la formulación en el texto.

¿Qué hacemos entonces con este dichoso embudo en la traducción? A mi modo de ver, existen dos opciones: o bien le damos al lector extranjero, que seguramente no conoce la expresión alemana, una explicación, que en este caso tendría que ser bastante prolija, u optamos por salirnos por la tangente y no mencionarlo. Personalmente creo que ningún lector lo echaría de menos.

Tal decisión supone que el traductor sea consciente del ámbito cultural en que se encuadra el texto original y del nivel cultural de los lectores a los que se dirige. Tiene que tomar sus decisiones teniendo en cuenta la función del texto para uno y otros.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Kurt SÚSS. Razón y sinrazón de la enseñanza de la traducción

Centro Virtual Cervantes

Nos movemos aquí en el terreno de las diferencias interculturales. Sin ir más lejos, todos sabemos lo difícil que es traducir, por ejemplo, términos culinarios tan corrientes como «churros», o, por dar un ejemplo de mi patria chica, los *Klösse*, unas bolas de patatas que solemos comer con entusiasmo los franconianos para horror de todos los paladares extranjeros que se ven obligados a probarlos en algún restaurante de la región.

Volviendo a nuestro texto, tenemos ahí la expresión «metrópolis de Franconia». No sé si para un extranjero la identificación es tan clara e inequívoca como para un habitante del sur de Alemania. Semejante problema supondría para mis compatriotas si se tradujese al pie de la letra el término de «Ciudad Condal».

Para que los estudiantes se acostumbren a tener en cuenta los puntos de vista de la función y la recepción del texto, conviene que en los ejercicios se indique no sólo la fuente de cada texto, sino que se formulen también los objetivos de la traducción. Suena a perogrullada, pero siguen vendiéndose a estas alturas libros de ejercicios de traducción que ni se dignan mencionar el origen o la fuente de los textos de ejercicio.

Todo esto significa que la enseñanza de la traducción debe orientarse menos en pontificar sobre unas soluciones supuestamente correctas —que naturalmente las hay— sino hacer más bien hincapié en las reflexiones y en los razonamientos que ayuden al traductor a encontrar la solución adecuada para cada problema en función de las diferentes componentes del proceso de comunicación y de sus interrelaciones. En didáctica —y no sólo en nuestro campo— tan importante como llegar a Santiago es el camino.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN O SAN JERÓNIMO ABRE TALLER

No hemos pretentido encontrar el huevo de Colón en la didáctica de la traducción. Sin embargo, en todo lo expuesto podemos encontrar unas líneas maestras.

Por un lado vemos que en la enseñanza de la traducción no interesan tanto las soluciones concretas en sí mismas, cuanto las estrategias que puede o debe emplear el traductor para encontrar la solución adecuada para unos problemas que se le presentarán en cada caso un poco diferentes a las de ocasiones y contextos anteriores. Entonces, ya no es cuestión de distinguir lo correcto de lo erróneo —excepto a nivel puramente lingüístico. La evaluación o crítica de una traducción va a fijarse más bien en cómo la acoge el público.

En el trabajo en el aula tiende a desaparecer la actitud del «profesor omnisciente» para dar paso a un papel más heurístico de la docencia. El profesor se convierte en una especie de comadrona de las buenas soluciones que encuentran los mismos estudiantes.

Hay que preparar al alumno para un trabajo que es cada vez menos un trabajo en solitario, lejos del mundanal ruido. Hay que ayudarle a desarrollar y emplear su propia inteligencia, a ser autocrítico, a dudar de las soluciones fáciles y a emplear todos los medios de información —sean lingüísticos o extralingüísticos— que estén a su alcance.

En este sentido, San Jerónimo debe guardar la calavera en el cajón, colgar los hábitos de anacoreta y convertir la ermita en taller. Y que Santo Tomás, patrón de la inteligencia crítica, le bendiga

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Kurt SÚSS. Razón y sinrazón de la enseñanza de la traducción
Centro Virtual Cervantes